

Querido Diario:

Marcela Guijosa

*Mujer, mujer divina,
tienes el veneno que fascina
en tu mirar.
Mujer alabastrina,
tienes vibración de sonatina
pasional.
Tienes el perfume de un naranjo en flor,
El altivo porte de una majestad;
Sabes de los filtros que hay en el amor,
Tienes el hechizo de la liviandad.
La divina magia de un atardecer
Y la maravilla de la inspiración;
Tienes en el ritmo de tu ser
todo el palpitar de una canción,
Eres la razón de mi existir,
Mujer.*

AGUSTÍN LARA

Se están festejando este año dos cincuentenarios: el mío y el de la publicación de *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir. Del mío escribiré más adelante, tal vez en julio. Pero en el pasado mes de mayo se hicieron varias celebraciones alrededor del famoso libro, y dada la admiración que le tengo, no pude dejar de sumarme, yo también, al homenaje.

Para muchas de nosotras, las feministas de mediana edad, hablar de *El Segundo Sexo* es hablar de algo ya muy viejo, muy conocido: un libro que se publicó en 1949 y que fue ampliamente estudiado en nuestros inicios militantes, sobre todo en los setentas. Pero con este libro presiento que sucede una cosa; como con otros grandes y revolucionarios textos, la gente habla mucho de él sin haberlo leído. Y aunque tal vez su lectura actual tenga un sabor antigüito, de cosas ya sabidas, valdría la pena que las jóvenes intelectuales lo leyeran. Aunque ya no se llamen feministas sino *estudiosas de las ciencias sociales con enfoque de género*.

A mí siempre lo que más me gustó de ese libro fue la parte llamada "Los mitos". (La otra parte se llama "Los hechos"). Voy por mis apuntes de aquellas conferencias que yo daba cuando se murió Simone, abril de 1986, y los releo. Es padrísimo, me sigue encantando, aunque ya no me dedique a la filosofía.

La bronca es: ¿qué significa ser mujer? Simone nos demuestra que, durante siglos, ha habido una enorme ambigüedad para responder esta pregunta. Por un lado, dentro de la historia de las ideas se incluyó a la mujer dentro del género humano, dentro de lo que se llamaba "El Hombre". Pero por otro, en las ideas y en la vida práctica, no se le incluye. Y es que la respuesta a ¿qué es una mujer? no la daban las mujeres, sino los hombres. Porque, precisamente como parte del problema, las mujeres no tenían voz en la filosofía ni en la historia de las ideas. Estaban en su casa cuidando a los señores y a los niños y lavando trastes.

Entonces, por siglos, se definió a la mujer como persona, pero como "menos persona" que los varones. Lo natural dentro de la especie es ser varón: es lo positivo, lo esencial, lo original. Ser mujer implica ser lo diferente: lo accidental, lo raro, lo imperfecto. *Lo otro*. "Así como para los antiguos había una vertical absoluta con respecto a la cual se define lo oblicuo, hay un tipo humano absoluto, que es el tipo masculino". La mujer se define a partir de ese tipo, la mujer es lo distinto a ese tipo primordial, privilegiado.

El capítulo sobre los mitos arranca de su consideración de la mujer como El Otro. La mujer como alteridad. El hombre tiene una "necesidad ontológica" del Otro para afirmarse, para ser, para alcanzarse a sí mismo. La mujer se vuelve mito, en cuanto que es Lo Otro. Este mito (o serie de mitos) no es unilateral: es polivalente. La mujer no encarna ningún concepto fijo, es un ser ambiguo que está definido según el punto de vista del varón y sus momentos y necesidades. Es Eva y es la Virgen María, es ídolo y sirvienta, es hada y bruja, es Vida y es Muerte, según.

La Naturaleza es la primera alteridad que se le presenta al varón. El hombre está solo frente a la naturaleza, ya sea que la pueda vencer o no. Porque la naturaleza no es conciencia, no lo reconoce.

Entonces identifica a la mujer -la otra gran alteridad- con la naturaleza. La mujer es la naturaleza, pero consciente. Se podrían citar miles de palabras, dichas por los filósofos y los poetas, sobre esta identificación. Rápidamente recuerdo *Menudita, como flor del campo, con tus ojos grandes, de capulín. Varita de nardo. Eres como amapolita, cortada en el mes de enero. Hemos sido todas las flores y todas las estrellas. Y la Tierra. Y palomas, gacelas, tigresas y arañas. Y las fuentes, y los arroyos, y el mar. Y como se le adjudicó a lo masculino la identificación con lo activo, y a lo femeni-*

no con lo pasivo, el hombre es el sol, el fuego, el viento y la simiente. La mujer es la tierra y el agua.

Pero siempre ambivalente. Es tierra fecunda y madre, pero es lodo, Es prisión y tumba. Es muerte. Los pensadores varones deciden quedarse con la parte humana "del alma" y vuelcan sobre lo femenino la otra parte: el cuerpo. Lo material. Para sentirse inmortales, superiores, vencedores. "El hombre quisiera olvidar su origen carnal". Por eso también lo femenino es La Muerte. La Noche. El Caos. La Oscuridad, y por eso la mujer también es peligrosa, impura, caprichosa. Por eso hay que dominarla. Como a la Naturaleza salvaje, amenazante, poderosa, mortal.

Domesticando a la mujer se pretende domesticar al mismo tiempo a la naturaleza, y viceversa. Hay que inventar rituales para amansarla, hacerla favorable y propicia. Y por otro lado, también hay que conquistarla, poseerla, dominarla. Convertirla en presa y en bien. La tierra y la mujer son un premio a la conquista, y siempre será importantísimo ser el primero. *La mula que yo ensillaba la ensilla mi compañero; el consuelo que me queda es que yo la ensillé primero.* Ser el primero, como descubridor y conquistador de territorios o mujeres "vírgenes", le hace parecer que él "creó" aquello que descubrió o penetró. Lo toma, se apropia del cuerpo femenino, o de las tierras, islas, cumbres o cavernas "conquistadas".

La domina, la intenta domesticar. Sobre todo domesticar su carne. Pies vendados, uñas larguísimas, corsés y miriñaques, tacones y crinolinas destinados a inmovilizarla, a impedir su "actividad". Tiene que ser belleza pasiva, inerte, como de cosa. Como de objeto y posesión. Como de ídolo, máscaras y adornos. Artificios. Para protegerse de lo "demasiado natural". Claro que también, entonces, se le considera Mentira y Traición. Como es la carne que no obedece, que es sexualidad, es mala. "Es carne y es sexo, no es conciencia autónoma ni libertad transparente. Se le niega la singularidad orgullosa del sujeto".

Y es traidora, Perfida, Mujer ladina, porque no le pertenece siempre a él en lo personal. *"Y si tú fueras legal con mi amor, tú gozarías de mi protección, pero en el mundo tú fuiste traidora, la mancornadora de mi corazón"*.

La mujer mítica está investida de muchísimo poder. Como el varón la desea, ella se vuelve poderosa. Y entonces es maga, hechicera, bruja, sirena, Circe, arpía, que priva a los hombres de su voluntad y les da toloache y sabe de los filtros que hay en el amor y por eso *ya todos dicen lo mismo, que tú me estás embrujando, que conmigo estás acabando, que yo ya no sirvo pa ná.*

Y así sucesivamente, para no hacer esto muy largo, vampira, pecado, carne, concupiscencia, cloaca, suciedad, etcétera.

Con el cristianismo y el matrimonio ya más moderno, se le domestica, encerrándola dentro de la familia patriarcal. Se le "angelifica": ya no tiene cuerpo ni sexualidad. Virgen y pura, es la Madre que se arrodilla frente a su hijo y se proclama su esclava. Desde entonces será "honrada como vasalla". "Como sirvienta, la mujer tiene derecho a las apoteosis más espléndidas". Y de aquí el culto a la madre buena,

sonriente, pilar de los hogares, guardiana de la moral. La esposa es un bien. Es una bonita posesión, motivo de orgullo. Su destino es representar, lucir. Es el signo del poder del marido. Por eso el sabio Pígmalión la modela, la educa. La pretende hacer su creación. Y así se hace la ilusión de que tiene en su hogar a la Terrible Naturaleza, pero domesticada por él.

La madre mala se escapa hacia el mito de la suegra, de la vieja, de la menopáusica. Y, por supuesto, la mujer mala, la que tiene cuerpo y sexualidad, es la puta.

Me pico muchísimo escribiendo otra vez este tema. Como que es mi tema favorito y nunca me canso de repetirlo. Cincuenta años han pasado y las cosas, en parte, siguen igual, aunque no tanto. Por ejemplo: salta muchísimo a la vista cómo el feminismo y la ecología son hermanos y se han ido enriqueciendo mutuamente; van de manera muy parecida en contra de aquella mentalidad patriarcal, machista, conquistadora, destructora. Hoy defendemos al mismo tiempo a la Naturaleza y a las mujeres. Ya hay una conciencia creciente de cooperación del ser humano con la Madre Tierra y de cooperación entre hombres y mujeres y va muriendo lentamente la visión patriarcal-conquistadora de puro agandalle y destrucción y dominio. Cada vez más las mujeres somos seres activos, y no pasivos, cada vez más sujetos y no objetos, y esto ha ido cambiando y desarrollando un nuevo auto-concepto de nosotras mismas. Somos menos muñequitas y más ciudadanas, deportistas, trabajadoras, profesionales, libres y soberanas. Por otra parte, muchas pensadoras feministas, partiendo de Simone de Beauvoir, han seguido un camino inverso a su pensamiento: La vieja escritora creía que los mitos para definir a la mujer sólo terminarían cuando se le considerara, simplemente, un ser humano con la misma dignidad y los mismos derechos que el varón. Está bien. Pero hay el otro camino: estudiemos, profundicemos, rescatemos a esa mujer mítica. En vez de decir No soy flores ni tierra ni paloma ni amapolita del campo, sino persona, que es el camino de la filosofía, hoy muchas de nosotras jugamos con las metáforas que definían lo femenino, y nos apropiamos de ellas, y encontramos ahí un camino para ir construyendo nuestra esencia como se nos pegue la gana.

¿Qué significa ser mujer? Hoy, cincuenta años después, muchas de nosotras ya podemos decir con voz clara y fuerte que nos estamos re-inventando y re-definiendo. Que ser mujer es, para empezar, ser persona humana. Nos sentimos completamente seres humanos, pares y compañeras de los varones. Tenemos "conciencia autónoma y libertad transparente". Tenemos dignidad. Tenemos la "singularidad orgullosa del sujeto". Pero además, como ya tenemos cuerpo propio, y sexualidad propia, y ya somos menos objetos que antes, nos podemos atrever a ser todo lo demás. Ayer fui una princesita perdida en el bosque. Hoy en la mañana me negué a poseer el hechizo de la liviandad y fui filósofa y escritora y discípula de Simone de Beauvoir. Y creo que hoy en la tarde me voy a dedicar a ser vibración de sonatina pasional. ¿O mejor una Judith matando a Holofernes? *Jem*